

I

CRISIS DE IDENTIDAD

Es cosa que está de moda y que escuchamos frecuentemente: “tenemos crisis de identidad”. La identidad es el concepto claro y nítido de uno mismo. Dicho de forma simple: quienes somos algo mayores, hemos sido educados en unos valores que, por decirlo de algún modo, han amueblado nuestra vivienda interior, nuestra estructura personal. Esos valores han sido: el respeto y aprecio a los mayores, el valor de las tradiciones, el no tocar por nada la propiedad privada, el entender lo religioso como algo venerable, el tener por cierto que el ahorro era garantía de futuro económico estable, el confiar en el valor del trabajo callado, etc.

A las generaciones más jóvenes estas realidades les dicen poco y le suenan a cosa pasada. Ellos creen que los valores verdaderos son los económicos y los profesionales, mientras que los valores sociales los califican de “individualistas y liberales” (así en una encuesta a los jóvenes de Madrid en *El País* de 21-10-2002), o lo que es lo mismo, dignos de no mucha atención. Por eso mismo dicen los psicólogos que el interior de no pocos de nuestros adolescentes y jóvenes es como una casa desamueblada, ya que los viejos valores no les sirven y tampoco se acaba de encontrar otros nuevos que suplan a aquellos.

La crisis de identidad está servida no solamente en los jóvenes sino también en los más adultos porque “con frecuencia los adultos no creen en lo que aprendieron de niños, pero tampoco pueden dejar de creer, porque parte de su afectividad está profundamente ligada a aquellas creencias” (J. A. Marina, *Dictamen sobre Dios...*, p.132). Con la crisis de identidad cae en picado el sentido de la vida y la realidad se oscurece. Cualquiera se percatará de que trabajar el tema de la identidad tiene una importancia decisiva para la persona de hoy.

¿Cuáles son los valores sobre los que se ha asentado la vida de Francisco y que han configurado su identidad? ¿En qué apoyos básicos ha fundamentado su manera de ser? Hagamos una breve selección:

- Anida en Francisco la convicción de que toda persona, la misma realidad incluso está llamada a ser de la misma familia. Con absoluta convicción decía: *“Si la madre quiere y nutre a su hijo carnal ¿cuánto más amorosamente debe uno querer y nutrir a su hijo espiritual?”* (2 R 6,8). Querer y nutrir, he ahí la manera de ir haciendo familia entre los humanos; construir el amor y, para ello, trabajar por hacer verdad que lo justo es lo necesario, ya que sin tener cubierto lo necesario es imposible hablar de justicia.
- Un valor típico de la vida de Francisco y que hoy tal vez nos suene poco es el de la discreción. En 2 C 22 se cuenta aquella conocida anécdota en que Francisco acompañó comiendo a un hermano que, por ayunar en exceso, gritaba de hambre por la noche. Allí se dice: *“Enseña Francisco que es el mismo pecado negar sin discreción al cuerpo lo que necesita que darle por gula lo superfluo”*. Es preciso tener un equilibrio saludable que tenga como denominador común un trato humanizador de la estructura humana. Eso es la discreción.
- Otro de los valores básicos que conforman la identidad de Francisco es el de la piedad, pero entendida ésta no tanto como virtud religiosa cuanto como valor humano, aquel que es capaz de mirar con mirada benigna y acogedora a toda la realidad, sobre todo a aquella más afectada de debilidad. En LM 8,4 leemos: *“Aborrecía –cual si fuera mordedura de serpiente venenosa- el vicio de la detracción, enemigo de la fuente de la piedad y de la gracia”*. La detracción, la malignidad que destila la lengua de quien habla mal de la otra persona, es el síntoma de una falta de piedad y de gracia, de mirada acogedora y de comprensión de Dios que es fuente de la piedad.
- Un valor, del todo elemental pero hermoso, que parece que ha acompañado la vida de Francisco ha sido el de la franqueza y nobleza de corazón. En ese rasgo han visto los prime-

ros biógrafos algo característico. En 1C 120 Celano hace una curiosa etimología del nombre de Francisco, cosa que en la Edad Media tenía su importancia. Dice: *“Bien le cuadra el nombre de Francisco a quien se distinguía por su franqueza y la nobleza de su corazón”*. Francisco y franqueza, he ahí un buen maridaje. La nobleza de corazón es mirar desde esa perspectiva del amor más que desde posiciones de fuerza o de interés.

- Finalmente, un valor que también ha tenido mucha aceptación entre los admiradores de Francisco ha sido el de la cortesía. Él dice que los hermanos han de tratarse cortésmente: *“Los hermanos han de tratarse cortésmente y con amor y honrarse mutuamente”*. Por eso, no nos ha de extrañar que las personas corteses las considerara buenos candidatos a la Orden (Flor 37).

Esta clase de valores ha adornado el interior humano y creyente de Francisco. Proviene, como frutos hermosos, de su fe en Jesús, el valor central, el atractor, en torno al cual ha girado toda su vida y la de sus hermanos. A veces nos preguntamos por qué Francisco aún ejerce una influencia especial en no pocas personas. Dice el citado J.A. Marina: *“Los grandes maestros espirituales debieron tener, sin duda, un arrebatador poder de convicción, una soberana energía que las hagiografías posteriores enmascaran. Supongo que ofrecían una súbita ampliación de posibilidades vitales, vivida por los discípulos como una iluminación o un despertar. El caso de Francisco de Asís, más cercano, que en muy pocos años arrastró tras de sí cientos de seguidores, nos permite imaginar esa conmoción, pero no desvelar su secreto”* (*Dictamen sobre Dios...*, p.104). Tal vez su secreto fuera tan sencillo como el conjunto de estos valores elementales que anidaban en los pliegues últimos del alma de Francisco.

Para concluir, ilustremos el tema que nos ocupa con un hecho de vida. Una entidad bancaria organizó en una pequeña ciudad española un ciclo de conferencias sobre la aventura de la vida a partir de los descubrimientos que se están llevando a cabo en la sierra de Atapuerca (Burgos). Uno de los directores de esas excavaciones, Juan Luis Arsuaga, impartió la primera de las charlas que versaba sobre los prehomínidos: La charla duró hora y media y el diálogo subsiguiente, muy animado, una hora más. Nadie se movió de sus asientos en un abarrotado salón. ¿Por qué trescientas personas estaban escuchando al profesor? Porque no solamente hablaba de fósiles sino que también, en el fondo, estaba hablando del sentido de la vida, de la hermosura que es la aventura humana, larga de casi cinco millones de años en su caminar sobre la tierra.

Eso muestra qué grande es la necesidad de sentido, de valores, de identidad. La búsqueda, que viene de lejos, tiene hoy otros lenguajes pero sigue bien vigente. Francisco de Asís dice, hoy también, que la vivencia de los valores elementales que terminan en la entrega y en el amor, siguen siendo las verdaderas fuentes de la identidad humana.

Para el diálogo:

1. *¿Es importante el esfuerzo por lograr una identidad basada en valores que humanizan?*
2. *¿Cuál de los valores subrayados puede tener hoy más acogida en nuestra sociedad?*

II NECESITADOS DE TERNURA

No parece ser uno de los valores sociales que esté en alza. Es más bien la fuerza, el poder, la dureza incluso, las que se llevan la palma en este mundo de dura competitividad. Sin embargo, debido quizá a una flexibilización de los roles de género, es un valor que está en alza. Cada vez se aprecia más la ternura incluso entre los hombres y no se la ve como una simple virtud sino, más a la base, como un elemental valor humano. Es que la ternura no está reñida ni con la firmeza ni con la decisión. Es un movimiento del corazón que tiende a enfocar la realidad desde la solidaridad del corazón, desde la sintonía más que desde la lógica, desde la solidaridad por encima de la sola justicia. Es preciso controlar estos movimientos del corazón para que la ternura no degenera en sentimentalismo barato. Pero no habría que reprimirlos para que la vida no se nos vuelva inhóspita.

Efectivamente, sin ternura la realidad humana entra en dique seco, se agosta. K. Tsiropoulos ha escrito un librito bello y atinado (*Sobre la ternura*) en donde leemos cosas tan hermosas como éstas: “No nace la ternura de aquella situación, tan estrechamente personal, que el hombre llama *dicha*, sino de la experiencia y del recuerdo del dolor. Si el hombre no ha probado, a lo largo de extensos periodos, dolores del alma, si no ha tomado conciencia de aquellos dolores extensos con una extraña fecundidad, con un enriquecimiento indescriptible de su existencia, no será gratificado por la piedad de los cielos con sentir que se rompe en su interior la pared que, hasta ahora, protegía la fuente de su ternura” (p.24-25). Es que la ternura, ya lo hemos dicho, no es un sentimentalismo devaluado sino algo muy del fondo del ser humano ya que, aunque se manifiesta con gestos externos, parte de las profundidades del mismo ser. Para experimentar y vivir la ternura es preciso ser tierno con uno/a mismo, e incluso con Dios (al que a veces hemos rodeado de temor y lejanía más que de ternura). Corremos el riesgo de irnos a la tumba sin haber desarrollado esa capacidad de ternura que Dios ha sembrado en el fondo del corazón.

¿Puede ayudarnos la figura de Francisco de Asís a redescubrir la vida desde el lado de la ternura? Sin duda puesto que él, hombre dotado de una gran sensibilidad, vivió en los parámetros de la ternura las relaciones con sus hermanos, con las personas e incluso con las cosas. Veamos:

- De todos es sabida su predilección por las alondras a las que, según EP 113, quería con un “*entrañable amor*”, un amor que surge del corazón. El porte externo y el comportamiento de esta pequeña ave le sugería el modo sencillo y oculto que debía ser el del hermano menor. Por eso, le tenía un cariño especial. La florecilla franciscana dice que en la hora de la muerte fueron ellas las que revolotearon cantando y anunciando su tránsito.
- Pero era, sobre todo en las relaciones con sus propios hermanos cuando derramaba ternura y comprensión. Es de todos conocida aquella escena descrita en LM 5,7 en que un hermano exageradamente austero siente un hambre enorme por la noche y Francisco organiza una especie de fraterna comida para que el tal hermano pueda saciar su hambre su vergüenza. Según este texto “*no era partidario de una severidad intransigente, que no se reviste de entrañas de misericordia ni está sazonada con la sal de la discreción*”. En esas “*entrañas de misericordia*” es donde anida la ternura que hace falta para salir al paso del hermano sin humillar a quien es víctima de su propia imprudencia.
- Como no podía ser menos, Francisco trató con respeto y ternura a Clara y sus hermanas. Y aunque, porque así era costumbre en el tiempo, no ha trascendido ningún gesto explícito de esa ternura, hemos tenido la suerte de conocer tardíamente un escrito breve de Francisco a sus hermanas, la ExhCl, un escrito a las “*pobrecillas*” en el que les ruega “*con gran amor*” que sean fieles a su vocación franciscana en contemplación ya que le aguarda la plenitud y el gozo. El texto rezuma gozo contenido, aprecio evidente y cariño sincero. La

Leyenda Perusina dice que compuso este texto con música “para mayor consuelo de las Damas Pobres de san Damián”.

Son nada más que unos pocos rasgos, pero desvelan el interior, amable y cortés, tierno y afectuoso de Francisco para con las personas con las convivió. Su estilo de vida es un ánimo para nosotros hoy. Y aunque la ternura no entre en los valores oficiales, en las encuestas sociológicas, hemos de tener por seguro que hay muchas personas que sienten y viven tiernamente la relación. Ha triunfado en el cine un relato de J. Cercas llamado *Soldados de Salamina*. Una historia de la guerra civil, una sencilla anécdota: un prisionero falangista huye del pelotón de ejecución y al ser encontrado en el bosque por un joven miliciano éste, incomprensiblemente, no lo mata sino que le mira fijamente y le perdona la vida. ¿De dónde brota la ternura en los lugares de más odio? Es que el corazón humano no es una piedra y tiene por componente el de la ternura, aunque a veces nos empeñemos en sofocarla y encerrarla para que no salga afuera, como si fuera un desdoro cuando, en realidad, es un valor inigualable.

Porque estamos muy necesitados de ternura es preciso construir espacios, maneras de ser, situaciones, donde la ternura brote como la cosa más natural del mundo. El citado K.Tsiropoulos tiene unas severas afirmaciones. “Este siglo feroz que ha terminado ha secado los corazones en la maldad colectiva y personal y ha roturado aquella tierra secreta en donde podía germinar la ternura...Pero las almas tienen hambre y sed de ternura, de la recepción desinteresada del corazón” (*Sobre la ternura...*, pp.52-53). Los franciscanos/as habríamos de sentirnos llamados/as calmar esa hambre y esa sed que puede hacer, por la ternura, que nuestra vida sea más gozosa y humana.

Para el diálogo:

1. *¿Crees realmente que la ternura es un valor necesario para la vida?*
2. *¿Cómo ejercer la ternura en las relaciones sociales de nuestra vida moderna tan individualista?*

III VIVIR SIN JUZGAR

Llevamos un juez dentro, implacable con los demás y, a veces incluso, con nosotros mismos. Un juez a que no atiende a eximentes, que no matiza, que no calibra las diversas circunstancias, que, por supuesto, no tiene misericordia. Juzgamos con anticipación, sin esperar a tener todos los datos, sin ponernos en la situación del otro. Hacemos pequeño el “piensa mal y acertarás” situándonos en el “piensa mal y te quedarás corto”. Además, ese juez trabaja en la sombra, oculto, sin atreverse a mostrar su rostro. Cuando se le pide que dé la cara, como es el caso, por ejemplo, de participar en un jurado popular, todos decimos que no querríamos hacer parte de esa institución de justicia. Es que nos va el juicio rastrero, condenador a priori, sin tener el valor de poner la firma. ¿Cómo alejarse de esa estructura negativa que nos compone?

En la película *Francesco*, de Liliana Cavani, se representa aquella escena importante en que Francisco y sus primeros compañeros se dirigen a Roma para que el Papa bendiga y apruebe su forma de vida. En el film la entrevista queda pintada así: está el papa Inocencio III, hombre seco y altivo, despachando asuntos de Estado y se presentan allí, como un grupo de mendigos, los penitentes de Asís. El Papa les hace un extraño interrogatorio sobre su situación en la Iglesia que descoloca a Francisco y sus amigos porque ellos han venido a pedir una bendición, no a pleitear. Una de las cuestiones que el Papa les plantea es ésta: “¿Vosotros sois ricos, nosotros pobres, cómo podréis amarnos?” Y Francisco responde entre desconcertado y balbuceante: “Sin juicio...sin juicio”.

Poder vivir y entender a los demás “sin juicio” es una maravilla, porque ello indica que tal persona se ha alejado de la raíz de todo juicio que es el afán de autoafirmarse por vía de la apropiación del otro. Efectivamente, en la autoafirmación personal derrochamos cantidades ingentes de energía a lo largo de toda nuestra vida. Y, a veces, lo hacemos por caminos hartos extraños y negativos. Uno de ellos es pretender ser más apropiándonos no solamente de las cosas del otro sino de su misma persona: queremos que sea como nosotros, que piense como nosotros, que nos sirva, que haga parte de nuestras “posesiones”. Es entonces cuando, si se resiste a ello, lo juzgamos sin piedad, lo maltratamos, lo abandonamos. De ahí que quien se ve libre del afán de poseer al otro, se ve libre, a la vez, del juicio condenatorio con que enfoca a ese otro cuando no lo posee.

Hay muchas personas que, a lo largo de la historia, se han visto libres del deseo de poseer al otro y, en consecuencia, del mecanismo del juicio. Desde Jesús de Nazaret hasta hoy no pocos cristianos han entrado en esa nómina. Pensamos que Francisco de Asís ha sido uno de ellos y por eso nos puede ayudar a mitigar el mecanismo del juicio y sus hondas raíces. Repasemos algunos textos franciscanos a modo de ejemplo:

- Francisco, ya lo hemos dicho, tenía singular cuidado en lo que podríamos llamar la “fraternidad verbal”. La manera de hablar del hermano no solamente desvela tu talante interior sino que puede contribuir a hacer florecer la fraternidad, caso de que hables bien de él, o a destruirla, caso de que hables mal. Por eso es tan importante la manera de hablar del otro. En 1 R 11,9, texto de un capítulo dedicado enteramente al bien hablar en fraternidad, dice: “Sean los hermanos mesurados, mostrando una total mansedumbre para con todos los hombres; no juzguen, no condenen”. La medida, el matiz, favorece la erradicación de juicio. La ausencia de juicio y de condena es requisito imprescindible para que florezca la comunidad.
- Esta perspectiva libre de juicio la ha aplicado Francisco a todos los estamentos sociales. Por ejemplo, a aquellas personas que, siendo de otra posición económica, visten y viven de una manera ostentosa que afecta a la justicia. Francisco insiste diciendo a sus hermanos en 2 R 2,17: “Amonesto y exhorto a todos ellos a que no desprecien ni juzguen a quienes ven que

se visten con prendas muelles y de color y que toman manjares y bebidas exquisitas; al contrario, cada uno júzguese y despréciase a sí mismo". Es muy difícil no juzgar a quien vive opíparamente cuando muerde en el estómago la víbora del hambre; es casi imposible no juzgar a quien tiene ropas buenas para calentar el cuerpo cuando el propio está tiritando. Es difícil mantener a raya en esas circunstancias al juez implacable que llevamos dentro.

- A veces ese juez se ceba en aquellas personas que, dentro de la Iglesia, debían ser ejemplo y luz y, por su comportamiento, no lo son. Dice Francisco que en modo alguno el menor juzgue a los sacerdotes, aunque estos fallen. Así leemos en Adm 26,2: *"¡Ay de aquellos que desprecian a los sacerdotes!; pues, aunque sean pecadores, nadie, sin embargo, debe juzgarlos, porque el Señor mismo se reserva para sí solo el juicio sobre ellos"*. Son sacerdotes por encargo del Señor; a él solo le corresponde ser juez. Y no lo será, porque el juicio de Dios es de misericordia con quien quiso servirle, aunque el pecado le llevará a servirle mal.

Podría pensarse que esta manera de ver las cosas lleva a una especie de ocultamiento de la justicia, a un alejamiento de la verdad, a una visión acrítica de la realidad. Nada de eso. La ausencia de juicio que postulan el Evangelio y Francisco no es indiscernimiento, no es carencia de análisis y, mucho menos, connivencia con la injusticia. Se puede estar en profundo desacuerdo y, a la vez, no jugar condenando. Más aún, el no juzgar es compatible con la denuncia cuando esta se hace en modos fraternos y humanizados. Francisco ha sabido hacer esas extrañas mezclas.

De todos modos, muchos asuntos importantes que hoy dividen a la sociedad, sobre todo en materia moral (el problema de la eutanasia, de las relaciones conyugales difíciles, de la homosexualidad, etc.) no podrán nunca tener un tratamiento mientras no nos liberemos de esa estructura de juicio con que las enfocamos. No llegaremos nunca a entender a las personas mientras no partamos de otra perspectiva que la del juicio condenatorio. A veces algunos nos preguntábamos qué fue de aquel jesuita francés, el P. Duval, que, allá por los años sesenta, fue un cantautor religioso muy conocido del que aprendimos no pocas y hermosas canciones. Poco antes de morir escribió un hermoso libro (*El niño que jugaba con la luna*) en que cuenta cómo salió del infierno del alcoholismo en el que vivió muchos años. Cuando se hallaba en el fondo de su dura situación se sentía tremendamente juzgado, y eso le hundía más: "Cuando el despensero vio que su bodega se vaciaba más rápidamente de lo previsto, cerró con su llave la alacena. En la casa se respira un aire de reprobación. Silencio. Silencio de menosprecio establecido; miradas que se desvían... Una espesa bruma envuelve nuestras relaciones, haciendo tanto daño que uno toma la única solución que le queda: seguir bebiendo". Quizá sea una excusa del alcohólico pero, a la vez, es un ejemplo en que se muestra que el juicio y la condena no hacen sino acrecentar la destrucción de la autoestima.

En Rom 2,1 se dice aquello tan certero: "Tú, amigo, que te eriges en juez, no tienes disculpa; al dar sentencia contra otro te estás condenado a ti mismo, porque tú, el juez, te portas igual". Esa es precisamente la más clara verdad: quien juzga es, con frecuencia, tan culpable como el juzgado. Además, añade la impiedad del duro juicio contra el hermano. El franciscano perspicaz entiende perfectamente que la ausencia de juicio genera buenas ganancias, las ganancias de la comprensión, el respeto y el amor.

Para el diálogo:

1. *¿Qué efectos produce en nosotros/as el sabernos juzgados?*
2. *¿Cómo compaginar ausencia de juicio y pasión por la justicia?*